

cincuenta. Cuidad de que no se echen á perder durante el camino las franjas azules de la cubierta que envuelve la caja.

GUR. Cuándo he de partir?

REINA. En seguida.

GUR. ¡Si fuera posible esperar hasta mañana!

REINA. Quiero que sea al instante.

GUR. Pero...

REINA. Partid al momento, que os he cogido la palabra.

GUR. Cierto asunto...

REINA. No consiento la menor dilación.

GUR. Permitidme que difiera el viaje solo un día.

REINA. Ni una hora.

GUR. Es que...

REINA. Cumplid mi voluntad.

GUR. Pero...

REINA. Partid y contad con mi afecto, porque de lo contrario...

GUR. Os obedeceré, señora. (Dios hizo al hombre y el demonio á la mujer.)

REINA. (Indicando la ventana.) Bajo os espera una carroza.

GUR. (Todo lo tenía previsto!) (Escribe de prisa unas líneas. Toca la campanilla, sale un paje y le entrega lo que ha escrito, diciéndole:) Lleva esta carta al instante á D. César de Bazán. (Tengo que aplazar el duelo hasta mi regreso, pero pronto volveré.) Voy á obedecer las órdenes de vuestra majestad.

REINA. Así conservareis mi afecto.

D. GURITÁN toma la caja y besa la mano á la REINA, la saluda profundamente y se vá.

REINA. (Dejándose caer en un sillón.) Así no le matará.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Ruy Blas

Sala llamada del Gobierno del Palacio real de Madrid, en el foro de la que hay una pequeña gradería y encima de ésta una gran puerta. A la derecha una ventana. A esta misma parte una mesa cuadrada, cubierta con tapete de terciopelo verde y rodeada de ocho ó diez taburetes, correspondientes á otros tantos pupitres que hay en la mesa; al lado de ésta un sillón cubierto con paño de oro y un dosel con las armas de España, que rematan con la corona real. Al lado del sillón una silla. La Junta del despacho universal ó Consejo privado del rey se encuentra en el acto de empezar la sesión.

ESCENA PRIMERA.

D. MANUEL ARIAS, presidente del Consejo de Castilla; el CONDE DE CAMPOREAL, el MARQUÉS DE PRIEGO, ANTONIO UBILLA, MONTAZGO, COVADONGA y otros consejeros: D. MANUEL ARIAS y el CONDE DE CAMPOREAL hablan en voz baja junto al proscenio; los demás consejeros forman varios grupos en distintos puntos del salón.

ARIAS. ¡Tan rápido encumbramiento es misterioso.

CAMPOREAL. Ha obtenido el Toisón de Oro, es secretario universal, ministro y duque de Olmedo.

ARIAS. Todo eso lo ha conseguido en seis meses.

CAMP. Alguno le dá la mano detrás de la cortina.

ARIAS. (Misteriosamente.) La reina.

CAMP. Como el rey está enfermo de cuerpo y alma y pasa casi todo el tiempo junto al sepulcro de su primera esposa, encerrado en el Escorial, abdica; y en realidad la reina es quien gobierna.

ARIAS. Nos gobierna á nosotros, pero D. César gobierna á la reina.

CAMP. D. César vive de un modo especial; no vé á la reina, parece que huya de ella. Quizás no deis crédito á lo que digo, pero les estoy espiando hace seis meses, y puedo afirmar que es así. Además, D. César tiene el extraño capricho de habitar en una casa sin puerta visible, con las ventanas eternamente cerradas, y haciéndose servir por dos criados negros, que si no fueran mudos sabríamos cosas muy curiosas.

ARIAS. Son mudos?

CAMP. Los negros son mudos y sus demás criados viven en la habitación que él ocupa en palacio.

ARIAS. Eso es muy extraño.

UBILLA. (Que hace poco se ha acercado á ARIAS y á CAMPOREAL.) Al fin y al cabo pertenece á una nobilísima familia.

CAMP. Lo más extraño es que se jacta de ser hombre integro y probo. Santa-Cruz le ha protegido, porque es primo suyo y también de D. Salustio, que cayó del poder el año pasado. D. César fué en otros tiempos un calaverón, un loco; y los que le conocieron entonces aseguran que gastó su patrimonio en toda clase de vicios y de locuras, y que se vió tan acosado por sus acreedores, que de pronto desapareció de Madrid, y hasta hace poco nadie tuvo noticias de él.

ARIAS. La edad ha convertido al loco alegre en cuerdo adusto.

CAMP. Las mujeres públicas, cuando llegan á viejas, se hacen devotas.

UBILLA. Pues yo le tengo por hombre probo.

CAMP. (Sonriendo.) No seais cándido y no os dejéis deslumbrar por las apariencias. El gasto de palacio, el gasto ordinario y civil, ascienden al año á seiscientos sesenta y cuatro mil sesenta y dos ducados. En ese mar oscuro se pueden echar las redes con mucha facilidad y pescar mucho.

PRIEGO. (Acercándoseles.) No lo tomeis á mal, pero me parece imprudente que sostengais aquí semejante conversacion. Mi difunto abuelo, que servia al Conde-Duque, decia con frecuencia:—"Morded al rey, pero besad la mano al favorito." Señores, vamos á ocuparnos de los negocios públicos.

Todos se sientan alrededor de la mesa; unos toman plumas, otros hojean papeles y algunos hablan con los que tienen al lado.

MONTAZGO. (A UBILLA.) Necesito que me deis la cantidad necesaria para que mi sobrino pague su destino de alcalde.

UBILLA. (A MONTAZGO.) Me prometisteis nombrar pronto á mi primo Melchor de Elba bailío del Ebro.

MONT. Hemos dotado á vuestra hija y no se ha casado aun... ¡tenemos tantos compromisos!...

UBILLA. Pues bien, os concederé la alcaldía.

MONT. Y yo os daré el bailío.

COVADONGA. (Poniéndose en pié.) Señores consejeros de Castilla, es necesario, para que ninguno de nosotros salga de su esfera, arreglar nuestros derechos y hacer partes para todos. El presupuesto de España se reparte entre una infinidad de manos, y esto es una calamidad pública que es preciso que termine; unos tienen demasiado, mientras otros no tienen lo suficiente. Vos, Ubilla, teneis arrendado el tabaco, y vos, marqués de Priego, el añil y el almizcle. Camporeal percibe el impuesto de los ocho mil hombres, el almojarifazgo, la sal y otros productos. Vos, Montazgo, habeis acaparado el impuesto sobre el arsénico, el derecho sobre la nieve, el de las cartas, el de las multas de los habitantes de la villa y no sé qué más. Yo, señores, no tengo nada arrendado, conque cededme algo.

CAMP. (Riendo.) ¡Pues es poco avaro este viejo! Acapara los productos más limpios, y, exceptuando la India, explota las islas de ambos mares; de modo que mientras extiende una garra en Mallor-

ca, apoya la otra en el pico de Tenerife.

PRIEGO. Además tiene negros.

COVAD. (A PRIEGO.) Cededme el arsénico y yo os cederé los negros.

Hace algunos instantes que RUY BLAS ha entrado por la puerta del foro y ha escuchado lo que hablaban sin que le vieran los interlocutores. Viste de terciopelo negro con ferruero de color de escarlata, pluma blanca en el sombrero y en el cuello el Toisón de Oro. Se presenta de repente á los consejeros, cuando más acalorados están disputando.

ESCENA II.

Dichos y RUY BLAS.

RUY. Celebro que tengais tan buen apetito.

Todos se vuelven. Silencio de sorpresa y de inquietud. RUY BLAS se cubre, cruza los brazos y sigue hablando, mirándolos descaradamente.

Integros ministros, virtuosos consejeros, como los criados que se ocupan en saquear la casa de su amo moribundo, buskais la hora sombría para saquear la España agonizante. Veo que el Estado no os inspira otro interés que el de llenar los bolsillos y huir despues de robarle. Dios os castigue ante la patria moribunda, ¡enterradores, que quereis robarla en el sepulcro! Ni siquiera teneis el pudor de respetar la grandeza y la virtud de España, próximas á desaparecer. Desde el reinado de Felipe IV hemos perdido, casi sin combatir, Portugal, el Brasil, Brisach en la Alsacia y Steinford en el Luxemburgo, Rosellon, Ormuz, Goa, cinco mil leguas de costa, Fernambuco y las Montañas Azules. Ved desde Levante á Poniente cómo la Europa nos odia y se rie de nuestra decadencia, al ver que nuestro rey solo es un fantasma. La Holanda y la Inglaterra se reparten nuestro reino, Roma nos engaña. Solo podemos arriesgar un medio ejército en el Piamonte, aunque es pais amigo, porque la Saboya y su duque nos amenazan. La Francia espera una ocasion propicia para caer sobre nosotros, y el Austria nos acecha. Nos acaban de perder nuestros vireyes; Medina, loco de amor, escandaliza á Nápoles; Vaudemont vende á Milán y Legañez pierde nuestros territorios de Flandes. El Estado ha quedado exhausto de soldados y de caudales, y ha perdido trescientos bajeles, sin contar las galeras. ¿Todavía quereis saquear más al pueblo? El pueblo hace veinte años que soporta enorme carga, para que vosotros os entregueis á los placeres y á la disi-

pacion; el pueblo ha pagado en esos veinte años cuatrocientos treinta millones; quereis estrujarle más aun? Me avergüenzo por vosotros. El interior del reino está plagado de bandidos, que arruinan la nacion y arrasan las cosechas, y como si no bastase la guerra entre los reyes, entre los conventos y entre las provincias, cada ciudadano quiere arrebatar los bienes ajenos. A España acude la escoria de las demás naciones; cada grande mantiene cien holgazanes que hablan otras tantas lenguas; genoveses, sardos, flamencos; Madrid se ha convertido en una torre de Babel. La justicia se vende, el ejército no se paga, y nosotros, que hemos vencido en dos mundos, apenas contamos con seis mil soldados, que andan descalzos. Pero en cambio abundan los pordioseros, los judíos, los bandidos, que apenas anochece siembran el terror por todas partes. Matalobos tiene á sueldo más gente que un baron, ¡y un bandolero se atreve á hacer la guerra al rey de España! Los aldeanos insultan al pasar la carroza del rey, y el monarca, vestido de luto y lleno de espanto, se encierra en el Escorial con sus antepasados difuntos é inclina la frente bajo el peso de la monarquía que se derrumba. ¡Y aun vosotros os estais disputando sus miserables restos! ¡Sombra gloriosa de Carlos V! ¿por qué no vienes en auxilio de tu pueblo, que necesita de tu invencible brazo? Pero no; descansa en paz, porque de ese modo no tendrás el sentimiento ni pasarás por la vergüenza de ver que se pierden unos tras otros todos tus dominios, y de que se empequeñece hasta el extremo de anonadarse tu imperio, donde nunca se ponía el sol.

Los consejeros se quedan consternados: únicamente el MARQUÉS DE PRIEGO y el CONDE DE CAMPOREAL se atreven á mirar coléricos á RUY BLAS. CAMPOREAL, despues de decir dos palabras á PRIEGO, se acerca á la mesa, escribe, firma y le dá el escrito para que lo firme al MARQUÉS DE PRIEGO.

CAMP. Señor duque, en nombre del marqués de Priego y en el mio, aquí teneis la dimision de nuestros empleos.

RUY. (Tomándola.) Muy bien, marqués; ireis á vivir con vuestra familia á Andalucía, y vos, conde, á vuestras posesiones de Castilla: partid mañana.

Los dos señores se inclinan y se van.

Los otros consejeros que no procedan rectamente les seguirán tambien.

Silencio entre los asistentes. RUY BLAS se sienta y se ocupa en abrir y en leer la correspondencia: mientras, COVADONGA, ARIAS y UBILLA hablan lo siguiente en voz baja:

UBILLA. Ya tenemos quién se nos imponga; D. César crecerá mucho.

ARIAS. Si tiene tiempo.

COVAD. Y si no se pierde por querer ser demasiado recto.

UBILLA. Llegará á ser un Richelieu.

ARIAS. Quizás no pase de ser un conde-duque de Olivares.

RUY. (Fijándose en una carta.) Se está fraguando una conspiracion, señores... (Leyendo.) "Duque de Olmedo, estad alerta, que se prepara un complot para robar á un personaje muy elevado de Madrid." No dicen á quién; la carta es anónima... pero yo lo averiguaré.

Entra un UJIER, que se aproxima á RUY BLAS, haciéndole una profunda cortesía.

UJIER. Vengo á anunciar á vuestra excelencia que le espera el embajador de Francia.

RUY. Harcourt ahora! No puedo en estos momentos.

UJIER. El Nuncio imperial tambien espera á vuestra excelencia en la cámara de honor.

RUY. No puedo recibirles.

El UJIER se inclina y sale. En seguida llega un PAJE con librea encarnada y galoneada de plata, que se acerca á RUY BLAS.

PAJE. Señor...

RUY. No estoy visible para nadie.

PAJE. (En voz baja.) Es que es el conde D. Guritán, que vuelve de Neuburgo.

RUY. Ah!... entonces indícale dónde está mi casa del arrabal y que vaya allí mañana.

Váse el PAJE.

Dentro de dos horas trabajaremos juntos; volved, señores consejeros. (Se van todos.)

RUY BLAS se queda solo y pensativo; de repente, de un ángulo del salon se levanta un tapiz y aparece la REINA; viste de blanco y vá coronada. Manifiesta alegría y vá hácia RUY BLAS; éste la vé y se queda petrificado.

ESCENA III.

RUY BLAS y la REINA.

REINA. Os doy las gracias.

RUY. Cielos!

REINA. Me ha complacido ver que les hablabais de ese modo; no pude resistir el deseo de estrechar vuestra mano leal, y vengo para que sepais cuánto aprecio vuestra conducta.

Diríjese á RUY BLAS y le toma la mano, sin que éste pueda evitarlo.

RUY. (¡Huir de su presencia durante seis meses y verla luego de repente!) ¿Estábais escuchando, señora?

REINA. Sí, duque; todo lo he oido.

RUY. No podia sospechar que en ese gabinete...

REINA. Nadie sabe que existe: es un pasadizo oscuro que hizo formar entre dos paredes D. Felipe III, desde el que puede oír el monarca sin ser visto cuanto se diga en esta estancia. Algunas veces he visto á mi esposo Carlos II sombrío y triste presidir los Consejos, en los que se robaban los bienes del Estado.

RUY. Y qué decia?

REINA. Nada.

RUY. Nada! Y qué hacia?

REINA. Ir á cazar... mientras que vos, duque... Todavía resuenan en mi oido vuestras palabras amenazadoras; los tratásteis como se merecen. Al oiros levantaba algo el tapiz, y veia que vuestros brillantes ojos les lanzaban fulminantes rayos, acompañados de incontestables verdades. Dónde aprendisteis todo eso? ¿Cómo habeis penetrado en los efectos y en las causas? ¿Cómo pudisteis hablar como debian hablar los reyes?

RUY. Porque os amo; porque conozco que todos me aborrecen, y porque sé que el edificio que tratan de derribar se desplomaria sobre vos; porque por salvaros salvaria al mundo entero. Soy un desgraciado que me atrevo á amaros con delirio; pero pienso en vos como el ciego piensa en la luz del sol; por eso os amo desde lejos y en silencio, como se adora á un sér celeste. ¡Si supiérais lo que he sufrido, señora, en estos seis meses que os estoy ocultando mi cariño, huyendo siempre de vuestro lado y teniéndoos siempre fija en la imaginacion!... Os amo, y tengo la osadía de deciroslo cara á cara; pero castigadme, mandadme morir y moriré.

REINA. Seguid, seguid, que vuestras palabras me consuelan y me conmueven. Necesito ver vuestros ojos y oír vuestra voz. Tambien he sufrido yo mucho en estos seis meses, en los que habeis evitado mi presencia... No me es lícito expresarme con más claridad y callo.

RUY. No, hablad, hablad, que soy feliz oyéndoos.

REINA. Pues bien, voy á deciroslo todo. Es esto acaso un crimen? Cuando el corazon se desgarran, es preciso que enseñe todo lo que ocultaba. ¿Huiais de la reina? Pues la reina os buscaba. Todos los dias venia aquí á ese secreto gabinete á escuchar cuanto deciais y á contemplaros con tierno éxtasis. Como me pareceis rey y señor, en los seis meses os he encumbrado sucesivamente hasta el alto destino que ocupais, y en el que

Dios debió colocar vuestra cuna. Veo que os interesais por todo cuanto me interesa; ayer por una flor y hoy por una monarquía. Ayer fuisteis para mí bueno y hoy sois grande. Débil mujer, no os he podido resistir; y si he obrado mal, ¿por qué, Dios mio, me habeis encerrado en esta tumba, como á una paloma en jaula dorada, sin esperanza, sin cariño, sin luz y sin libertad? Cuando estemos despacio os diré todo lo que he sufrido, viviendo siempre sola, olvidada y sufriendo mil humillaciones, siendo una verdadera esclava. Es preciso, duque, ya que el cielo os envia para que gobernéis á España, que salveis el Estado, que vá á perecer, al pueblo que trabaja y á mí que os amo, y que soy muy desgraciada.

RUY. (Cayendo de rodillas á sus piés.) Señora...

REINA. D. César, os entrego mi alma, y si para los demás soy reina, para vos seré mujer y os perteneceré por amor y por gratitud. Me fio en vuestro honor, y estoy convencida de que sabreis respetar el mio. Cuando deseais verme, llamadme y me vereis. Adios.

Levanta el tapiz y desaparece por donde vino.

ESCENA IV.

RUY BLAS solo.

Paréceme que el cielo se ha abierto ante mí y que me inunda la luz del paraíso. Me embriaga el éxtasis, el misterio, el orgullo, el poderío y el amor. La reina me ama y esto no es un sueño. Me deslumbra, soy feliz, soy el vencedor, me ama. El duque de Olmedo tiene á sus piés la España y el corazon de la reina. No, no sueño; ella me ha hablado y me lo ha dicho; me lo ha dicho vestida de blanco y llevando ceñida la corona; yo la examinaba mientras me lo estaba confesando... aun me parece que la estoy viendo... Llevaba un brazaletes de oro con una águila cincelada, y me dijo que se entregaria á mí confiando en mi honor. ¡Dios mio, si es cierto que el hombre al ser amado une su ternura á su grandeza, yo, que con este amor puedo causar envidia á los reyes, te juro que como reina puede confiar en mi brazo y como mujer con mi corazon, y que si es preciso derramaré por ella toda mi sangre.

Hace algunos instantes que ha entrado por el foro un hombre embozado en la capa y con sombrero con galones de plata. Avanza lentamente hasta RUY BLAS sin que éste le vea, hasta que le pone bruscamente la mano sobre el hombro. RUY BLAS se vuelve, el hombre deja caer la capa y aquel reco-

noce que es D. SALUSTIO. Este vá vestido como el paje de RUY BLAS.

ESCENA V.

RUY BLAS y D. SALUSTIO.

SAL. Buenos dias.

RUY. (Estupefacto.) (El marqués! ¡Estoy perdido!)

SAL. (Sonriendo.) Apuesto cualquier cosa á que ya no te acordabas de mí.

RUY. Verdaderamente me sorprende vuestra aparicion. (Renace mi desgracia! ¡Mientras miraba al ángel, me asaltaba el demonio!)

SAL. Te va bien?

RUY. Pero esa librea que llevais?...

SAL. (Sonriendo.) Necesitaba entrar en palacio, y con este traje se penetra en todas partes. Escogí tu librea, que me gusta mucho.

Se cubre. RUY BLAS permanece descubierto.

RUY. Temo por vos...

SAL. La palabra temer me hace reir.

RUY. Como estais desterrado...

SAL. Ya lo sé.

RUY. Si os conociesen en palacio á la luz del dia...

SAL. Los cortesanos felices no se acuerdan de la cara que tiene el hombre que ha caido en la desgracia; además, nadie mira el rostro á un lacayo. (Se sienta en un sillón y RUY BLAS permanece en pié.) ¿Qué se dice por Madrid? ¿Será verdad que, interesándote demasiado por el Tesoro público, has desterrado al marqués de Priego, que es grande de España y pariente tuyo? Su madre es de la familia de Sandoval, como la tuya; así no se debe tratar á los parientes: un lobo no muerde á otro.

RUY. (Ya repuesto.) Permitidme que os diga que el marqués de Priego se ha portado muy mal, agravando las cargas del Estado. Es preciso poner un ejército en pié de guerra; las arcas están exhaustas y necesitamos dinero. Pronto va á morir el heredero bávaro: ayer el conde de Harcourt, á quien vos conoceréis, me lo referia por encargo del emperador, y si el archiduque quiere sostener sus derechos, estallará la guerra.

SAL. Aquí corre un aire demasiado sutil: tómate la molestia de cerrar aquella ventana.

RUY BLAS palidece, vacila un momento, despues hace un esfuerzo y vá lentamente á cerrar la ventana.

RUY. (Siguiendo la conversacion.) Ya sabeis lo mucho que cuesta una guerra y que no puede hacerse sin mucho dinero. Yo creo

que la salvacion de España depende de nuestra probidad, y he mandado decir al emperador, como si tuviese ya el ejército puesto en pié de guerra, que me opondria á sus proyectos con todas mis fuerzas.

SAL. (Interrumpe á RUY BLAS y le indica el pañuelo que dejó caer al suelo cuando entró.) Disimúlame, pero haz favor de darme el pañuelo que se me ha caido.

RUY BLAS lo recoge con visible esfuerzo. D. SALUSTIO se lo mete en el bolsillo.

Conque decias...

RUY. Que la salvacion de España y el interés público exigen que sean íntegros los encargados de administrar nuestra Hacienda. Es preciso desenmascarar á los intrigantes y castigar á los bribones.

SAL. Efectivamente, son malos compañeros; pero es quijotesco é inoportuno poner el grito en el cielo porque se gaste un millon más ó menos. Amigo mio, los grandes de España no pueden ser unos mendigos, y han de vivir con el relumbrante esplendor que requiere la nobleza. Comprendo que te ha dado la humorada de querer ser popular y de querer corregir abusos; pero no debes tener ese capricho, y debes pensar antes en tu interés que en el interés público. La popularidad es una palabra hueca; la virtud, la fé y la probidad, nada significan desde los tiempos de Carlos V. Tú, que eres listo, debes curarte de semejantes tonterías. Cuando aun eras niño de teta, ya pronunciábamos nosotros discursos llenos de esas frases sacramentales.

RUY. Sin embargo...

SAL. Bien, dejemos esa conversacion y ocupémonos de asuntos serios. (Con tono breve é imperioso.) Mañana me esperarás hasta el medio dia en la casa que te cedí. El plan que desarrollé está próximo á su desenlace. No conserves en la casa más criados que los dos negros mudos; prepara un coche que esté dispuesto para partir y ocúltalo entre los árboles del jardin. Haz lo que te mando inmediatamente; si necesitas dinero, te lo enviaré.

RUY. Os obedeceré, señor, en cuanto me mandeis; pero prometedme antes que en vuestra intriga no se mezcla para nada á la reina.

SAL. No debes meterte en mis asuntos.

RUY. Me haceis temblar, porque conozco que me arrastrais á un abismo invisible: conozco que acariciáis proyectos

monstruosos, y que es preciso que os diga que adoro á esa mujer.

SAL. (Con frialdad.) Sí, ya lo sé.

RUY. Lo sabeis?

SAL. Sí, pero eso no me importa.

RUY. (¡Sin duda este hombre tiene el proyecto de atormentarme!)

SAL. Te has quedado pensativo! Es ridículo que tomes estas cosas en serio. Voy caminando hácia el fin de mi plan, que yo solo conozco, y tiene desenlace más feliz para tí de lo que te imaginas. Tranquilízate y obedéceme; te dije y te repito que deseo tu felicidad. Los asuntos de amor solo son asuntos de un dia, y tratándose del destino de una monarquía, el tuyo debe ser insignificante. Voy á hablarte con franqueza; procura entenderme. Soy bueno y condescendiente; pero ¡qué diablo! Un lacayo es un hombre que debo tener á mi disposicion. Tu amo te pone un disfraz cuando le place; pues lo mismo puede quitártelo cuando se le antoje. Te he hecho representar á un gran señor, y aunque el papel es algo fantástico, estás admirablemente vestido; pero quiero que no olvides nunca que eres mi criado y que te encuentras aquí galanteando á la reina por casualidad, como pudieras encontrarte encima de la trasera de mi coche. Sé, pues, razonable.

RUY. (Que ha oido á D. SALUSTIO asombrado y casi sin dar crédito á sus palabras.) (Dios mio, ¿qué falta he cometido para que me castigéis así? Me encuentro involuntariamente en situacion fatal y despedazais mi corazón, que rebosa lealtad y amor, solo por realizar una venganza!... Porque esto es una venganza que indudablemente se dirige contra la reina. Qué debo hacer? Participárselo?... Ah! no, no.) Señor, tened compasion de mí, y sobre todo compadeceos de ella. Os consta que soy un fiel y leal servidor y obedeceré todo lo que me mandeis.

SAL. ¡Me impacienta que este hombre no me quiera comprender!

RUY. Perdon, señor, para ella!

SAL. Abreviemos. (Volviéndose hácia la ventana.) Por allí sigue entrando aire; creo que has cerrado mal la ventana.

(Se levanta y la cierra.)

RUY. (Con resolucion.) ¡Esto ya es demasiado! Sabed que soy duque de Olmedo, que soy ministro poderoso y que estrellaré al que quiera aplastarme.

SAL. Qué has dicho! Repítemelo. ¡Dices que Ruy Blas es duque de Olmedo! Tienes una venda en los ojos: solo D. César de Bazán posee ese título.

TOMO III.

RUY. Os haré prender.

SAL. Y yo descubriré que tú no eres D. César de Bazán.

RUY. Pero...

SAL. Me acusarás? Esto ya lo he previsto, y por eso en mi plan arriesgo nuestras dos cabezas. Tu aire de triunfo es intempestivo.

RUY. Lo negaré todo.

SAL. Eres un niño!

RUY. No teneis pruebas.

SAL. Y tú no tienes memoria. Estate seguro de que haré lo que digo, y que si tú eres el guante, yo soy la mano. (En voz baja, acercándose á RUY BLAS.) Si no me obedeces, si mañana no preparas en tu casa lo que te he mandado, si revelas una sola frase de nuestra conversacion, desde luego haré pública tu loca aventura y quedará deshonrada la mujer que quieres salvar. Despues dicha dama recibirá bajo sobre unas líneas, que yo guardo en lugar seguro, escritas y firmadas por un amigo tuyo, que dicen: "Yo, Ruy Blas, lacayo del señor marqués de Finlas, me obligo á servirle, como buen criado, pública y secretamente."

RUY. (Con voz apagada.) Basta. Haré cuanto me mandeis.

Se abre la puerta del foro y entran los consejeros. D. SALUSTIO se emboza y dice á RUY BLAS en voz baja:

SAL. (Vienen.) Señor duque, contad siempre con vuestro fiel criado.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

Don César

Cámara sombría, con muebles suntuosos, pero viejos y de forma antigua. En el fondo una puerta de dos hojas. A la izquierda una gran chimenea con esculturas del tiempo de Felipe II. En el lado opuesto una pequeña ventana enrejada y á gran altura, semejante á la de las cárceles. En las paredes se ven colgados algunos retratos ahumados; armarios con espejos de Venecia; sillones del tiempo de Felipe III; una alacena y una mesa cuadrada con recado de escribir. Es el amanecer. Al levantarse el telon, RUY BLAS, vestido de negro, sin capa y sin Toisón, con inquietud, se pasea por la cámara. En el fondo está de pié su PAJE, inmóvil y esperando sus órdenes.

ESCENA PRIMERA.

RUY BLAS y el PAJE.

RUY. Qué haré? Ante todo ocuparme

de ella; es preciso que la salve. ¿Pero cómo conseguirlo? ¿Cómo destruir la horrible trama que ni siquiera puedo comprender? Es indispensable que adivine el complot de D. Salustio. Ese hombre sale de repente de la oscuridad, y luego vuelve á ocultarse en la sombra y en el misterio: no hay duda, ¡es un malvado! Esta intriga debe tener antiguo origen... ¡Después que quizás medio ha devorado su presa, ese demonio la abandona sin compasión á su criado!... No podré hacer desistir á esa fiera... pero tengo obligación de salvar á la reina, ya que ese hombre me ha tomado por el instrumento de su pérdida... ¡Desde la cumbre he caído en el abismo! ¿Por qué escondrijo le verá aparecer? Es el dueño de mi secreto, es el dueño de esta casa que me cedió, conserva las llaves de sus puertas, y puede entrar y salir misteriosamente en todas las habitaciones. ¿Cómo librarme de él, Dios mío, y cómo salvarla á ella? Hay que impedir que la reina salga de palacio, porque indudablemente el lazo debe estar tendido aquí. No veo á mi alrededor más que tinieblas y abismos... ¡Si pudiera enviarla un aviso para que no salga de palacio!... (Después de unos momentos de pausa, dice de repente:) Ya sé cómo; D. Guritán la ama y es hombre muy leal... (Hace una seña al PAJE; éste se acerca.) Corre á casa D. Guritán; discúlpame, dile que en seguida vaya á ver á la reina, y que la suplique que no salga de palacio durante tres días, por más que la insten. (Saca de su cartera papel y lápiz y escribe.) Dile que entregue este papel á la reina, y que la vigile. (Entrega al PAJE el papel que acaba de escribir.) En cuanto al duelo, le dices que le daré pública satisfacción, que me compadezca, que graves disgustos me impiden batirme ahora. Haz lo que te encargo, sé discreto y que nadie trasluzca lo que te acabo de decir.

PAJE. En mí tendreis el leal servidor de siempre.

RUY. Corre.

PAJE. Voy en seguida. (Váse.)

RUY. (Se deja caer en un sillón.) Parece que renazca la calma en mi espíritu; ese medio me parece seguro. ¿Debo esperar aquí á D. Salustio? No quiero esperarle; mi aviso paralizará su intriga lo menos por un día. Luego Dios me inspirará. (Toma el sombrero y toca una campanilla. Salen los dos criados negros.) Voy á salir; dentro de poco quizás entre aquí un personaje, y aunque le veais obrar como si fuera dueño de la casa, dejadle hacer como quiera... Si viniera alguno más... dejadle entrar

también. (Despide á los negros, que se retiran.) Si viene, que se encuentre solo aquí. (Váse.)

Apenas RUY BLAS acaba de cerrar la puerta, se oye gran ruido en la chimenea y por ella cae en la estancia D. CÉSAR, envuelto en una capa vieja.

ESCENA II.

D. CÉSAR solo.

(Aturdido, con el vestido y el cabello en el mayor desorden.)

No ha sido mala la caída. (Sin levantarse del suelo y sin mirar á ninguna parte.) Perdonad, señores; no os fijéis en mí, que vengo de paso; continuad vuestra conversacion. Verdad es que me he introducido de un modo algo irregular... pero... ¡No hay nadie aquí! Cuando estaba suspendido en el techo hubiera jurado que oía voces. (Se levanta y se sienta en un sillón.) No, no hay nadie. Meditemos. ¡Qué multitud de acontecimientos han caído sobre mí! Primero los malditos alguaciles que me echaron el guante, luego el inesperado embarque, después los corsarios, y aquella gran ciudad en que me molieron á palos; en seguida aquella jóven que tentó mi virtud, mi fuga de la mazmorra, mis viajes, y últimamente el regreso á España, donde, por la más rara de las casualidades, me encuentro, el día que llegué á Madrid, con los mismos alguaciles que me prendieron: huyo, me persiguen, veo una casa confundida entre los árboles, me encaramo por éstos sin que los alguaciles me vean, y me descuelgo por una chimenea y caigo dentro de esta casa. Lo que siento es que llevo la capa menos vieja que tengo. (Mirándose en un espejo.) ¡Vaya, que D. Salustio es un bribon de cuatro suelas! La ropilla me ha acompañado en todas mis expediciones, pero la pobrecilla está agonizando. Me he lastimado una pierna al caer y me duele más de lo que yo quisiera. (Abre uno de los cajones del armario, en el que encuentra la capa de terciopelo bordada de oro que D. SALUSTIO dió á RUY BLAS. Se fija en ella y la compara con la que lleva.) Esta capa está más decente que la mía. (Se la pone y mete en el cajón la suya, después de doblarla. Coloca encima de ella su sombrero y vuelve á cerrar el cajón.) Ahora parece que esté vestido de nuevo; así voy bien. Ya que habeis querido, querido primo, desterrarme á Africa, en cuanto almuerce tomaré mi verdadero nombre, iré á tu casa acompañado de todos los vagabundos que conozco, te entregaré á su furor y además al de todos mis acreedores. (Vé un magnífico par de botas que hay en un rincón de la cámara, se quita los zapatos viejos que lleva y se las pone.) Voy á ente-

rarme á dónde he venido á parar huyendo de la persecucion. (Examina la habitacion por todas partes.) Esta casa es misteriosa y propia para aventuras trágicas; están cerradas todas las puertas, todas las ventanas tienen rejas de hierro; es un verdadero calabozo. Se entra por arriba como el vino se mete en las botellas. (Suspirando.) Ay! No hay nada como el buen vino! (Vé que está entreabierto la puertecilla de la derecha, se vá por ella y vuelve en seguida haciendo gestos de admiracion.) ¡Estoy maravillado! ¡Ese cuarto no tiene salida y todo está encerrado dentro de él! (Vá á la puerta del fondo, la entreabre y se asoma hácia fuera.) Pues señor, no hay nadie en esta casa... ¿Dónde he caído? ¿Qué importa si me libré de las garras de los alguaciles? (Repara en una alacena que hay en la pared á mano izquierda.) Esto quizá será alguna biblioteca. (La abre y la encuentra abastecida de manjares.) Esto es precisamente lo que me hacia falta. Aquí tengo para comer y para beber. (Examina las etiquetas de las botellas.) Los vinos están bien escogidos y la alacena es digna de un canónigo. (Saca todo lo que encuentra en la alacena, pone sobre la mesa la comida, las botellas y el servicio, se sienta y empieza por llenar un vaso de vino.) ¡Excelente néctar! Es de Jerez de los Caballeros. Esto me pone en caja. (Sigue bebiendo.) Probemos ahora un bocado. ¡Perros alguaciles, os he hecho perder la pista! Si ahora llegase el dueño de la casa... Le convidaria. Pero echémonos pronto la comida al colete, no venga el dueño y me arroje de aquí. (Come con voracidad.) Cuando yo revele que soy D. César de Bazán, primo de D. Salustio, ¡no moveré en Madrid mala zambra! No moveré poco ruido! ¡Qué papel tan magnífico voy á representar! Lo peor es que no tengo dinero! (Oyese ruido á la puerta.) Alguno viene... y bien, ¿qué le hemos de hacer? Que entre el que quiera. (Se emboza con la capa hasta los ojos; se abre la puerta del foro y entra un LACAYO con librea, llevando un saquito de cuero al hombro.)

ESCENA III.

D. CÉSAR y un LACAYO.

CÉSAR. ¿Qué buscáis en esta casa? (Necesito tener mucho aplomo, porque estoy en peligro.)

LACAYO. Busco á D. César de Bazán.

CÉSAR. (Desembozándose.) Yo soy. (Hé aquí un lance sorprendente.)

LACAYO. ¿Sois vos el señor D. César de Bazán?

CÉSAR. Tengo el honor de ser el úni-

co, el verdadero D. César de Bazán, conde de Garofa.

LACAYO. (Dejando el saquito de cuero encima de un sillón.) Pues dignaos examinar si está bien esa cuenta.

CÉSAR. (Deslumbrado.) ¡Ahí debe haber mucho dinero! Pero...

LACAYO. Hacedme el obsequio de contar esa suma, que me han mandado que os entregue.

CÉSAR. Ya lo comprendo... (¡Lléveme el diablo si sé de lo que se trata!) ¿Se ha de firmar recibo?

LACAYO. No, señor.

CÉSAR. Pues deja ese dinero encima de la mesa. Esto viene de...

LACAYO. Ya lo sabeis, señor.

CÉSAR. Estoy muy enterado, pero...

LACAYO. Este dinero os lo envia la persona que sabeis, y es para lo que sabeis también.

CÉSAR. Sí, sí... comprendido.

LACAYO. Hemos de ser los dos discretos, hemos de guardar gran reserva, conque así, chitón.

CÉSAR. Sí, sí, chitón!

LACAYO. A mí solo me corresponde obedecer; en cuanto á lo demás, yo no entiendo...

CÉSAR. No importa.

LACAYO. Pero vos sí que lo entendereis.

CÉSAR. Perfectamente.

LACAYO. Pues bastante hemos hablado.

CÉSAR. Lo comprendo y lo acepto, pues recibir dinero siempre es una cosa clara y...

LACAYO. Silencio!

CÉSAR. Sí, callaré; no quiero cometer alguna indiscrecion.

LACAYO. Ved si está la suma completa.

CÉSAR. No faltaba más! ¿Por quién me tomas?

LACAYO. Contadla.

CÉSAR. Me fio de tí.

LACAYO. Ahí está completa en monedas de oro y de plata de buena ley.

D. CÉSAR abre el saquito y saca varias bolsas de oro y de plata, derramando las monedas sobre la mesa con el mayor asombro; luego las coge á puñados y se llena los bolsillos.

CÉSAR. (¡Esto es una novela inverosímil! Esto es una felicidad!)

LACAYO. Ahora, señor, espero vuestras órdenes.

CÉSAR. Para qué?

LACAYO. Con el objeto de ejecutar pronto lo que vos sabeis y yo ignoro; sé que median en el asunto grandes intereses...